

## CRONICA DE UN SUEÑO REMOTO Y ACTUAL

Hace cuatrocientos cincuenta años, pizca más o menos, un cardenal de Toledo tuvo un sueño: fundar un centro de formación para niños de familias humildes que pusieran su voz y su infancia al servicio de la Catedral Primada. Eligió para ello una zona habitada por moriscos, judíos conversos, cristianos dudosos y <gentes del bronce>, que diría el toledano Rufino Miranda para referirse a las gentes de mal vivir y desgarró que poblaban los alrededores del río Tajo por esos tiempos. Construyó un edificio austero en un espacio abierto del barrio, que con los usos y costumbres se conocería como plaza de la Bellota. Aunque, eso sí, a la entrada del edificio mandó colocar dos cariátides impresionantes, capaces de atemorizar a aquellas almas ingenuas o de exacerbar la imaginación más exaltada, como la de un hombrecillo de pocas carnes que en un delirio de alcohol barato pasó toda una noche hablando con una u otra alternativamente, según se balanceaba para mantener el equilibrio. Nació así el Colegio de los Infantes, en su versión más remota.



Varios siglos después, alguien volvió a tener idéntico sueño, por lo que sería conveniente investigar si puede ser cierta esa teoría tan extendida de que la Historia es cíclica y tiene una desmedida inclinación a repetirse. El lugar elegido para materializar ese sueño fue el mismo que en su tiempo eligiera el cardenal Siliceo. Sólo que ahora ya no lo habitaban moriscos, ni conversos; cristianos dudosos, tal vez sí; ni gentes de mal vivir, sino familias que vivían mal por el extremo rigor de los tiempos. Como en los orígenes, el objetivo del sueño se orientaba a proporcionar formación y saber a aquellos niños y jóvenes que, por su pertenencia social y caren-

cias de medios, estaban predestinados a ser mano de obra barata. En contrapartida, prestarían su voz y su infancia para el mayor esplendor de la liturgia solemne de la Catedral toledana. Se refundaba el Colegio de los Infantes, en su versión actual. Por supuesto las cariátides permanecían impávidas; indiferentes a los soliloquios de los borrachos o a los fracasos de los fracasados, contemplando aquel ir y venir de sueños, de ideas, de ilusiones, de proyectos y, hasta, de vidas truncadas.

En esta nueva versión coincidieron – coincidimos -, ignoro si por azar o por necesidad, un grupo de gentes de extracción social similar a la de aquellos muchachos – yo nací y viví en una calle cercana a la plaza de la Bellota – que compartían una ilusión común: formar, en el amplio sentido del término; educar, en el no menos extenso



significado de la palabra. Formar para el futuro; educar para la vida y proporcionar valores a aquellos muchachos y, de paso, a sus familias. Era un objetivo humano, un trabajo ambicioso, en el que importaba más el cómo que el cuanto; el qué que los porqués; los resultados finales que los pasos intermedios, aunque en algunos de esos pasos intermedios se cruzaran Berceo y sus milagros, las repriendas de Luis García Hinojosa, la ferocidad ficticia de Marina Riaño, la adustez de Angel Ortiz, el candor de Esperanza Pedraza, la ira de mentirijillas de Leandro García Lomas o el aplomo y rigor del capitán Escalona y piezas similares.

Aquellos muchachos, como hace 450 años, como ayer, como hoy, eran inquietos, traviesos y con un atisbo de rebeldía. Y como ayer, como hoy y como mañana, buena gente. Personas a las que formar, conciencias que moldear, inteligencias que abrir

Aquellos muchachos, como hace 450 años, como ayer, como hoy, eran inquietos, traviesos y con un atisbo de rebeldía. Y como ayer, como hoy y como mañana, buena gente. Personas a las que formar, conciencias que moldear, inteligencias que abrir

a los universos complejos de sabiduría. Para eso se fue armando un proyecto amplio, liberador y transformador. El resto era cuestión de transmitirlo a los



alumnos y a su padres. Contaban tanto los unos como los otros. Había que repetir y repetir hasta la extenuación lo que se pretendía, pues ya por aquel entonces los tiempos tampoco colaboraban desde fuera con los modos y maneras que allí se practicaban. Se construyó así una etapa única, una experiencia inolvidable, una aventura que marcaría a los que la vivieron.

Antecedente directo del actual Colegio Infantes fueron aquellos precedentes. El proyecto casi igual, sólo que



aquejado por las dificultades del crecimiento. Había que hacerlo llegar a más alumnos, a más padres, a más familias. Que las cosas hayan variado o no, sería otra cuestión y asunto a tratar en lugar diferente.

En este escrito de lo que se trata, cuando se cumplen 450 años, pizca más o menos, de la primera fundación del Colegio de los Infantes, es de recuperar los móviles secretos de aquellos sueños originarios. De aquel cardenal, primero. De quienes después creyeron en la necesidad de la formación y la cultura para cambiar las cosas y modificar el mundo. Algunos tuvimos la suerte de ser protagonistas minúsculos de

aquellos sueños de gigantes. Casi todos recordamos esa etapa de nuestra vida como lo mejor que nos pudo suceder. Como algo que marcaría nuestro futuro. Seguramente lo mismo volverá a ocurrir, porque siempre ocurre, con los alumnos y profesores que ahora, a comienzos del siglo XXI, pizca más o menos, recuerdan y celebran el nacimiento de unos sueños de quimera que dieron lugar a las múltiples y distintas realidades actuales.

Así finaliza este texto. Eso si, no sin antes decir que yo fui profesor en el Colegio Infantes en los años en los que los sueños se confundían con la utopía y ésta con la realidad.

*Jesús Fuentes Lázaro*

